



Año XLVI

ORIHUELA 1 JULIO DE 1928
Fundador: D. ADOLFO CLAVARANA

NUM. 1069

¿Por qué hay un Papa?

—¿Por qué ha de haber en la Iglesia un Papa, uno sólo?

—Porque lo quiso Dios, Ntro. Señor, y lo quiso porque fundó su Iglesia, como sociedad universal y visible, la cual, por lo tanto, debe tener una cabeza, una sola, también visible, que encarne la autoridad para regir, enseñar y santificar a los fieles de toda la tierra.

Las sociedades humanas, necesitan todas para vivir y conseguir su fin una cabeza directora.

Las naciones tienen sus reyes o presidentes; las sociedades subalternas sus jefes; las milicias sus generalísimos.....; es decir: doquiera se congregan varios hombres para un fin determinado, cuya consecución necesita de medios, allí hay una autoridad, impuesta o elegida, que cuida de la unidad de la acción y de la selección de medios para conseguir el objeto final propuesto.

La iglesia es sociedad compuesta de hombres, que van a un fin, con lección y posición de medios: en ella, pues, si humanamente se ha de obrar, es menester que haya una persona que colocada en el lugar primero, sea la impulsora y unificadora de las voluntades, la instructora que enseñe el camino y dé los medios necesarios para recorrerlo y tenga en su mano la fuerza necesaria para obligar a subir a la cumbre a que la sociedad debe ascender.

Esta necesidad de una autoridad primera y suprema la reconocen con

los hechos los mismos sectarios que reniegan de ella con la palabra.

Los cismáticos no quisieron el Papa y se entregaron en manos de los emperadores; los protestantes renegaron del Papa y cayeron en manos de las supremas autoridades civiles, a las cuales revisten de una autoridad a veces superior a la del Papa y siempre más odiosa y más dura. No han querido el yugo suave del Vicario de Cristo cuyo reino es universal, y han echado sobre sus cervices el yugo de hierro del Zar, del Emperador o de un primer ministro cuyo reino es dividido.

Nadie puede huir impunemente de los dominios de la razón.

Y es la razón la que exige que la autoridad de la Iglesia, en su primer grado, descansa sobre una sola piedra, sobre un solo hombre.

Todo rebaño tiene un pastor, un primer pastor al cual obedecen todos los demás pastores y con los pastores las ovejas, y la Iglesia es una grey.

Toda escuela, toda universidad tiene un primer maestro, un rector, al cual obedecen los demás maestros y los discípulos, y la Iglesia es una gran escuela, una Universidad con cátedras en todo el mundo, donde se enseña un solo libro y una sola doctrina, la doctrina de su divino Fundador.

Toda milicia tiene su generalísimo y la Iglesia es una milicia...

¿Qué más?

Dice Jesucristo a S. Pedro:

Tu eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia...

Es decir: esta piedra, que es una sola piedra; este hombre que es un solo hombre...

El Primado de Pedro es el Primado del Papa; hubo un solo Pedro; hay, pues, un solo Papa; y como en Pedro estuvo la supremacía en regir, enseñar y santificar a toda la Iglesia, así mismo en el Papa está la suprema potestad de regirnos, enseñarnos y santificarnos...

Yo te daré las llaves del reino de los cielos...

L. ALMARCHA

Cuadros del Cine

¿Qué Religión es la verdadera?

Esos hombres ahí reunidos discuten sobre cuál será la verdadera Religión.

El libro abierto ante ellos es la Biblia. Unos la interpretan de una manera; otros de otra. ¿Cuál será la interpretación verdadera?

Los unos niegan todos los sacramentos; los otros, ¿parte? ¿Quiénes tendrán razón?

Los unos afirman la existencia de un infierno eterno, los otros la niegan o atenúan. ¿Quiénes hablarán la verdad?

Los creyentes, a la puerta, esperan una palabra de seguridad. ¿Mas no la tienen!

Las tinieblas no se disipan.

Oíd lo que dice uno de los espectadores hombre de buena fe y de buen sentido:

—Pero ¿es posible que nos hayan metido en un barco para llegar a una tierra prometida donde está nuestra felicidad y que se hayan olvidado de poner en el mismo un experto timonel que nos lleve por una ruta segura?

¡No creo en esa imprevisión!

Y si los hombres no obrarían así por qué ha de obrar Dios?

Oíd lo que dice otro:

—¿Qué escuela es esta donde no hay maestro?

—Esos que veis ahí reunidos, le contestan, son los maestros.

—¿Maestros que no saben ni coinciden en la doctrina que enseñan? ¿maestros que se contradicen? ¿y como una escuela de santidad puede estar en manos de maestros que no tienen una doctrina que sea una y santa?

¡No!; el protestantismo y el cisma no pueden ser la verdad! porque no hay en ellos un Maestro supremo que enseñe y diga con autoridad incontrovertible donde está la verdad y cual es el camino que conduce al fin último del hombre; van sobre un barco sin timonel; forman un ejército sin generalísimo.

Este otro cuadro es el de la Iglesia Católica.

En la altura de ese monte, que es el Vaticano, vive el Sumo Pontífice que guía la barca de Pedro y es el Maestro infalible enseñando sobre la bondad o maldad de las acciones humanas y sobre el camino de la fe que conduce a Dios.

Mirad a esos quinientos millones de hombres que le siguen, cómo van con la frente serena caminando con paso seguro.

¡No temen, ni zozobran!

Aun cuando los persigan llegan a las tárrulas y a los cadalsos y a las mismas hogueras reflejada en su rostro la certeza de la doctrina por que mueren y la alegría del bien que esperan.

¡Ese es vuestro deber, les han dicho desde la Cátedra de la verdad, y ellos ya no dudan!

Mueren por la verdad sabiendo que a quello es la verdad.

Y con la misma seguridad caminan aquellos otros buenos cristianos que trabajan en los campos y aquellos otros que laboran en las ciudades; con la misma aquellos ejércitos de vírgenes que se han consagrado con votos a Jesucristo; con la misma los sacerdotes y religiosos que han renunciado al mundo; con la misma los señores y los reyes que observan sus mandamientos.....

¡Ah! qué natural y qué clara y qué conforme a la naturaleza humana es la existencia del Papa.

Sia dos hombres venidos de las estrellas se les encargase que designasen qué Iglesia había fundado el Hijo de Dios no hay duda que a primera vista dirían

—La Católica, porque tiene el Papa.

A. Hersán

El Jefe Supremo de la Iglesia

Toda la autoridad de San Pedro ha pasado al Obispo de Roma por haber muerto San Pedro Obispo de aquella ciudad

La muerte de San Pedro en Roma.

San Pedro fué a Roma por primera vez en el principio del reinado del emperador Claudio (52) Y allí murió mártir después de 25 años, un mes y nueve días de haber gobernado la Iglesia de Roma, el día 29 de junio del año 67, simultáneamente con el Apóstol Pablo. Pedro tenía entonces unos 75 años. El emperador Nerón perseguía cruelmente a los cristianos desde el año 64 y como se procuraba capturar a Pedro, los fieles rogaba insistentemente a su Pastor que se salvase escapándose de la ciudad. Acordándose de aquella palabra del Salvador: «Cuando os persigan en una ciudad, huid a otra» salió Pedro de Roma durante la noche, pero he aquí que mientras caminaba por la Vía Apia, apareciósele, según refiere San Ambrosio, el mismo Cristo en las puertas de la ciudad, con una pesada cruz cargada en sus espaldas. Lleno de asombro, preguntó Pedro al Salvador: «Señor ¿a dónde vas?» (En el lugar donde se verificó esta aparición, existe todavía una antiquísima capilla, llamada *Domine quo vadis?*) Y el Salvador contestó: «A Roma, para ser nuevamente crucificado». Y desapareció al punto. Pedro comprendió en seguida que el Señor le mandaba que regresara a Roma para sufrir muerte de cruz y volvió atrás sus pasos. Capturado y cargado de cadenas, fué arrojado a la cárcel Mamertina. Esta cárcel puede verse todavía en el pie del Capitolio; es subterránea y constituida con enormes bloques cuadrados de piedra, completamente obscura y húmeda. Encima de ella se levanta la Iglesia llamada de

San Pedro *In carcere*, muy visitada por los fieles. Después de ocho meses de estar allí enterrado, fué condenado a muerte. Sufrió primeramente el tormento de los azotes, siendo luego conducido junto con San Pablo por la Vía Ostiense. A eso de una milla de camino fué separado de Pablo (todavía el lugar está indicado por la capilla llamada de la Separación) el cual fué decapitado en un lugar llamado *adaquas salvias* situado una legua más lejos, donde se ve todavía la columna a que fué atado. Las últimas palabras de San Pablo fueron: «Jesús, en tus manos encomiendo mi espíritu». En aquel punto fué edificada una Iglesia, llamada de *San Pablo en las tres fuentes*, por hallarse tres fuentes en la iglesia, recientemente tapiadas por el gobierno italiano. Entre tanto, Pedro fué conducido al Monte Janículo, desde el cual se puede contemplar toda la ciudad de Roma, y llegado allí, le crucificaron. El Apóstol pidió que invirtiesen la cruz, por no ser él digno de morir como el Salvador. Murió, pues, con la cabeza hacia abajo. Encuéntrase actualmente en aquel punto la iglesia de San Pedro *In Montorio* mandada construir por Constantino el Grande. El cuerpo de San Pedro fué enterrado por los cristianos en el viejo monte Vaticano. Sobre su sepultura edificó una capilla el tercer sucesor de San Pedro y Constantino el Grande una magnífica Basílica que se derrumbó en la Edad Media. El año 1626 fué terminada la grandiosa Basílica actual después de más de 100 años de trabajo. En una cripta que se halla en el centro de la basílica descansan los huesos de San Pedro y en su altar arden día y noche más de 100 lámparas.

La basílica de San Pedro de Roma

La construcción de la actual Iglesia de San Pedro tuvo comienzo el año 1507 por obra del enérgico Julio II (1503-1513) y fué terminada el año 1626. Es el templo más grande del mundo, pues puede contener unas 100,000 personas. Tiene unos 200 metros de largo, contándose desde la entrada hasta el altar mayor unos 187 metros. Diez sacerdotes pueden predicar simultáneamente en esta Iglesia sin que se estorben mutuamente. Tiene unas 300 ventanas y 30 altares y en ella están enterrados 135 Papas. La construcción de este gigante

Este templo costó unos 260 millones de pesetas. En su limpieza ocupan 250 personas que habitan en la cúpula de la Basílica y a los cuales el Papa da anualmente unas 160 000 liras. Delante de la Iglesia está la ancha plaza de 340 metros de diámetro rodeada por una galería de columnas que sostienen unas 300 grandes imágenes de santos. En medio de la plaza se levanta un obelisco egipcio de granito de 25 metros y medio de altura y 5 000 años de antigüedad, en cuya cúspide se puso la cruz en señal de la victoria del Cristianismo sobre el paganismo. Este obelisco fué llevado a Roma y colocado en el circo Vaticano por el emperador Calígula el año 39 después de Cristo. En él están grabadas con letras de oro estas palabras: «Christus vivit, Christus vincit, Christus regnat» (Cristo vive, Cristo vence, Cristo reina). Es digno de notarse que en ese mismo lugar, donde antiguamente estaba el Circo de Nerón en el que fueron martirizados millares de cristianos, se levanta ahora el templo y la residencia del Vicario de Cristo. Desde la plaza conducen a la Basílica tres tramos de siete escalones cada uno, a ambos lados de la cual se encuentran estatuas de los Apóstoles Pedro y Pablo. De ahí trae su origen la expresión: «*al limina apostolorum*» (a las lindes de los Apóstoles), con que se denomina el viaje de los Obispos a Roma. Por cinco puertas se entra de la plaza a la Basílica, la última de las cuales, a mano derecha, es la llamada *Puerta Santa*, que sólo se abre en tiempo de jubileo. El que contempla desde fuera la Basílica de San Pedro no recibe ninguna impresión de grandiosidad, a causa de la exacta proporción de sus partes; ni las mismas letras de los metros de alto aplicadas a la cornisa que dicen: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia» producen en el visitante ninguna impresión de grandeza, pues aparecen a su vista de un palmo de altura. Pero según se penetra en la Basílica, pronto se nota la grandiosidad de la fábrica en cuyas grandes dimensiones parece uno perderse. Por la grandeza de este templo se puede elegir la de la Religión e Iglesia Católica cuya capital es Roma. ¡Cuán magnífico sepulcro es este para un pobre pesca-

do: en tu comparación nada son los suntuosos mausoleos de los soberanos de la tierra! En él se hace patente el poder de Cristo.

Los Obispos de Roma han ejercido desde entonces la suprema autoridad en la Iglesia

La carta de San Clemente Romano a la comunidad cristiana de Corinto.

El Papa Clemente Romano fué el tercer sucesor de San Pedro y gobernó la Iglesia desde el año 91 al 101. Había sido discípulo de San Pedro y San Pablo. Durante su pontificado se produjo un gran cisma entre el clero y el pueblo de la comunidad eclesíástica de Corinto, y apesar de que en aquel tiempo (acia el año 100) vivía aún en Efeso el gran Apóstol y Evangelista San Juan, no se recurrió a él, sino a San Clemente Obispo de Roma para zanjar la controversia. San Clemente les dirigió una extensa carta en la cual les decía, entre otras, las siguientes graves palabras: «Ciertamente me haría reo de culpa grave si depusiera a sacerdotes que han cumplido su deber de una manera santa y ejemplar». Esta hermosa carta que desde entonces solía leerse públicamente en la Santa Misa y que se conserva todavía, restableció en seguida la paz en la Iglesia de Corinto. Es cosa muy notable que los fieles de aquella Iglesia, para apaciguar una contienda surgida entre ellos, se dirigiesen a un Obispo a cuya diócesis no pertenecían. Ciertamente no lo hubieran hecho así de no haber sabido que el obispo de Roma es la suprema autoridad de la Iglesia.

La viajera sin billete

«Brazo de Hierro» era el mejor maquinista de una compañía de ferrocarril del norte de Francia.

Era Pau un hombre de origen catalán, robusto y de hercúlea musculatura. El día de nuestra narración trabajaba junto con Pau, en calidad de foguista, un tal Isidro San José, hombre pálido y delgaducho y por más señas, huérfano.

Después de haber pasado el famoso puente de Francia el maquinista Pau puso la mano en el bolsillo de su chaquetón, que llevaba debajo del saco de mecánico, sacó una medalla de la Virgen de regular tamaño y la

colcó en un tornillo que sobresalía en el marco de unas ventanillas que parecen los ojos de la locomotora.

El foguista, que había propinado una buena dosis de carbón a la locomotora, vió la maniobra del maquinista y preguntó en tono burlón.

—¿Qué es eso, señor Pau?...¿Es algún aparato nuevo?

—Es una viajera sin billete, respondió «Brazo de Hierro».

—¿Qué dice?...¿Una viajera sin billete?... yo no entiendo... explíquese.

—Esa es la Virgen de la Merced, Patrona de Barcelona y mía contestó pausadamente Pau, y la llevo para que me libra de los peligros.

—¿Cree V! eso?... Son farándulas digo yo.

—Haces mal en decir eso Isidro, en hablar de lo que no sabes y que no entiendes.

—Ni ganas tengo de aprenderlo, además yo soy un obrero ilustrado y lo que es más, contrario al fanatismo.

—Me alegro de eso, yo también odio el fanatismo.

—¿Usted?... Nadie lo dirá...

—Ya me conocerás Isidro, y termina de una vez, porque soy capaz de agarrarte en un puñado y arrojarte en la caldera.

—No se enoje, señor Pau.

—Buena, toma un cigarrillo y cada uno a su trabajo, que comienza a oscurecer y es peligroso cruzar los pasos a nivel.

Dos horas después el tren 338 compuesto de vagones de lujo, que formaba el expreso de Francia atestado de pasajeros corría vertiginosamente por el Norte de Francia cruzando selvas y dejando tras de sí estaciones y apeaderos.

De pronto se oyó un silbido en lontananza.

—¿Ha oído usted? preguntó asustado el foguista.

—Sí he oído y cállate un momento a ver si oigo si pasa un tren por el puente de la Reira porque si es así estamos perdidos.

—¿Qué?...

—Que estamos perdidos, pues a la salida del puente hay una bajada y no se podrá detener a ese maldito tren de carga y además nosotros corremos en pendiente.

Poco después se oyó el ruido metálico que produce una locomotora al pasar sobre un puente.

El maquinista aunque sabía que el choque era inevitable se quedó en su puesto y mirando suplicante la medalla de la Virgen, puso en juego todas sus habilidades de maquinista tratando por todos los medios de parar y al mismo tiempo retroceder para que el choque fuese menos violento.

El foguista lanzó una blasfemia y comenzó a hacer sonar el silbato sin interrupción.

Al dar vuelta un recodo chocaron los dos trenes descarrilándose el de carga, pero sin sufrir mayores desperfectos.

El choque que en cualquier otra ocasión habría sido de fatales consecuencias para el maquinista y los pasajeros, en esta ocasión gracias al que dirigía la locomotora no ocasionó ninguna muerte.

El encuentro fró debido a un error telegráfico: creyendo vía libre se dió permiso a un tren de carga para salir de un apeadero y recorrer un trecho intermedio entre dos estaciones vecinas.

Al chocar el tren los pasajeros que debido a la oscuridad de la noche no podían apreciar la magnitud del desastre, se bajaron de los vagones cuyos cristales estaban todos rotos y se aglomaron alrededor de la máquina descarrilada.

Máquinas de auxilio, que habían sido pedidas a las estaciones vecinas, llegaron dejando en pocos momentos la vía libre.

Entonces el expreso continuó su vertiginosa carrera llegando felizmente a su destino.

Entre el camino se entabló otra conversación entre el maquinista y el foguista.

El uno, agradecido a la Virgen por el singular favor que le había concedido de poder detener el tren y salvar así a muchas personas.

El otro confundido y convertido por lo que había oído antes de su compañero y por lo que había visto con sus propios ojos.

Desde aquel día memorable en que ambos estuvieron en peligro de perder la vida Isidro y Pau se conservaron buenos amigos.

La religión hace a los hombres honrados y valientes en el peligro.

Después de leído este periódico no lo tire ni lo rompa: délo a leer.

Las dos juventudes rusas

En Rusia hay una sección de comunistas que se han dado a sí mismos el nombre de Juligan, denominación que proviene del inglés «hooligan», y que significa bellaco, bribón. Esos bellacos se sienten en su elemento en el desorden de Rusia; disfrazados bajo la cómoda superchería del comunismo, cometen en campos y ciudades las mayores desfachateces, robos, violencias de todo género, agresiones a mujeres en las calles. De cuando en cuando el Poder siente la necesidad de castigar a esa juventud, educada en la impiedad y el vicio, pero resulta imposible contener las demasías de la nueva generación y así se renuevan en todas partes escándalos increíbles.

Con la derrota de Trotzky, los Juliganes, los jóvenes pervertidos por la doctrina marxista, han cobrado nuevas fuerzas, han sido afiliados al partido y ocupan en todas partes sitios de privilegio. Los resultados no se han hecho esperar. El primero fué un recrudecimiento de los crímenes de la embriaguez, que ha llegado a límites imposible de describir. En las fábricas y empresas los nuevos comunistas se han arrogado el papel de censores y de inspectores. Ejercen el control sobre los obreros y técnicos y, según afirman cooresponsales fidedignos que envían sus informaciones a los periódicos rusos de Berlín y de París, esos inspectores de trabajo destruyen las máquinas no por sus cualidades o por falta de experiencia, sino por el menor gusto de destrucción. La situación actual es tan horrible, según confesiones de los propios periódicos comunistas, que todos los que conservan aún concepto de la propia estimación, se apartan, indignados, de un estado de cosas que es la misma barbarie.

Por esta razón el movimiento de renovación religiosa crece en todas partes, y muchos jóvenes empiezan a volverse del lado de la religión cristiana. Se preparan las dos Rusias, que en un inmediato porvenir tendrán que entrar en la lucha.

La miseria de los millares de niños

abandonados que vagan por todo el ámbito de Rusia es un hecho tan elocuente en el sentido de afirmar el fracaso moral más completo del sistema soviético que todos los que aún tienen un poco de sentido común, no dudan ya de la contradicción que existe entre el comunismo y la civilización humana. Siglos de absolutismo no han podido arruinar de tal manera el país inmenso del Oriente Europeo, como los diez años de la era marxista.

OBRAS

de

D. Adolfo Clavarrano

EDICION COMPLETA

NUEVAMENTE ILUSTRADA

Esta obra impresa en tomos de 200 páginas cada uno, en papel Vergé, tamaño 8.º prolongado, con bonitos y elegantes tipos, magníficos grabados y el retrato del autor, se hallan de venta en las principales librerías al precio de 1'75 pesetas el tomo, franco de porte en toda España.

No se responde de los paquetes no certificados—A los señores libreros, condiciones especiales.

Los pedidos, acompañados de su importe, a la Administración de «LA LECTURA POPULAR» Bellot, 3 Orihuela.

La Lectura Popular

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa presentándose bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

La suscripción se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de acción.

Cada acción da derecho a recibir ejemplares de cada número y sea doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. o manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos y otros centros.

Precio de suscripción directa

Una acción...	4 peseta mensual
Media id.....	2 »
Un cuarto id.	1 »
Un octavo id.	0'50 »

Dirigir la correspondencia a don Diego Castaño, administrador de LA LECTURA POPULAR, Bellot, 3, Orihuela, (Alicante).

Tip. LA LECTURA POPULAR.—Orihuela